Domingo 17 de agosto de 1997
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 6,51-58

Mi carne es verdadera comida

El discurso del pan de vida que Jesús pronunció en la sinagoga de Cafarnaúm, en su primera parte es, más bien, un diálogo entre Jesús y los judíos que habían tenido la experiencia de la multiplicación de los panes y se habían saciado de ellos. Cuando Jesús promete un nuevo pan, uno que baja del cielo y da la vida al mundo, los judíos, esperando que Jesús les dé un pan mejor y más nutritivo que el anterior, le suplican: "Señor, danos siempre de ese pan". Y esta petición da ocasión a Jesús para comenzar un verdadero discurso sobre ese pan que él ha prometido. Pero es un discurso continuamente interrumpido por las objeciones de los oyentes, que murmuran ante las afirmaciones que Jesús va haciendo. Esto obliga a nuevas aclaraciones de parte de Jesús que nos sirven también a nosotros para entender mejor su enseñanza.

La primera de esas objeciones es la que comentabamos el domingo pasado: "Los judíos murmuraban de él porque había dicho: 'Yo soy el pan que ha bajado del cielo'". ¿Qué es lo que no admiten de esa afirmación? Lo primero y más evidente que habría que objetar es que Jesús haya dicho: "Yo soy un pan". Y la reacción más obvia debió haber sido esta: "Tú no eres ningún pan, tú eres un hombre". Pero los judíos consideran que esa afirmación de Jesús tuvo que ser hecha en sentido metafórico y la dejan pasar. Objetan, en cambio, lo que dijo acerca de su origen: "¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?".

Pero Jesús no da respuesta a esto; su respuesta se concentra precisamente en ese punto que los judíos habían descartado, consideradolo tan absurdo, que no merecía ser objetado; ellos piensan que eso de ser "pan" no podía tener un sentido real; lo dejan pasar como algo dicho en sentido figurado. Jesús retoma lo dicho: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo", e insiste en el sentido real de la primera parte de su frase: "Si uno come de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne para la vida del mundo".

Los judíos comienzan a considerar la posibilidad de que Jesús hubiera hablado en sentido real, pero les parece increíble lo que han oído. Ahora no murmuran sino que "discutían entre sí los judíos", sobre el modo cómo debían tomarse esas palabras de Jesús. Se percibe la indignación de algunos que se habrán imaginado una especie de canibalismo: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?". Esto da lugar a que Jesús continúe su discurso, pero de manera que no quede duda alguna sobre el sentido que da a sus palabras; para darles aun más realismo agrega también la necesidad de "beber su sangre". Conviene que escuchemos esas palabras: "En verdad,

en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él".

Debemos agradecer a los judíos que hayan resistido tanto a las palabras de Jesús, pues esto lo obligó a insistir. Si Jesús dijo: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida", ¿quién puede negarlo, sin negar o su lucidez o su veracidad, es decir, sin negar su divinidad? En efecto, si Jesús dijo eso sin saber lo que decía, quiere decir que estaba fuera de sus cabales, lo cual es imposible, si su humanidad está asumida por la Persona divina del Hijo de Dios, de manera que es éste el sujeto de sus actos y de sus palabras. Y la hipótesis de que Jesús haya dicho esas palabras sabiendo lo que decía, pero faltando a la verdad, es más imposible aun, si el que habla es el Hijo de Dios, el mismo que dijo: "Yo soy la Verdad". Por tanto, negar que la carne de Jesús sea nuestra comida y su sangre sea nuestra bebida, es lo mismo que negar la divinidad de Jesús. Y, por desgracia, son muchos los que niegan la verdad de la Eucaristía, precisamente porque ya no creen que Jesucristo sea nuestro Dios y Señor.

A continuación también se refiere Jesús al origen celestial de este pan: "Este es el pan bajado del cielo, no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma de este pan vivirá para siempre". En tiempos de Jesús los judíos creían que el maná era un pan preparado por ángeles que Dios había dado a su pueblo, haciendolo caer del cielo. Es la convicción que expresa el libro de la Sabiduría, que es más o menos contemporáneo con Jesús: "A tu pueblo lo alimentaste con manjar de ángeles; les suministraste sin cesar desde el cielo un pan ya preparado" (Sab 16,20). Lo que Jesús quiere decir es que esos textos no describen el maná histórico, sino "el verdadero pan del cielo", un pan que estaba aún por venir y que él daría al mundo. Los que comieron del maná histórico murieron todos en el desierto y no entraron en la tierra prometida. En cambio, el que coma del "pan vivo bajado del cielo", vivirá para siempre y entrará en el paraíso a gozar de la felicidad eterna.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción